

La «espantá» de Felipe dejó sin aliento a mucha gente, a otros con sentimiento de orfandad; para muchos representó un elemento de inseguridad. De este modo cuenta Pedro Altares los primeros momentos de la dimisión espectacular del primer secretario del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Felipe González.

En el primero de los artículos de esta serie

sobre el suceso socialista, Altares recuerda aquellos momentos en que la sorpresa del país fue mayúscula tras escuchar de boca de Felipe el anuncio de su dimisión. Poco faltaría para que se iniciara «una soterrada lucha por el poder, encubriendo una, a pesar de todo, saludable polémica por dos concepciones del partido hasta ahora diametralmente opuestas».

# I. La resaca

Pedro Altares

Fueron muchos los militantes socialistas, incluidos bastantes de los participantes en las tareas del XXVIII Congreso, que el lunes día 21 de mayo creyeron haber vivido un mal sueño. Para los casi seis millones de votantes del mismo partido, lo predominante era una cierta sensación de estupor. La intervención televisada en la sobremesa del domingo, en que se dio en diferido el discurso de Felipe González donde anunciaba su irrevocable dimisión, había conmocionado psicológicamente a todo el país. Nadie sabía exactamente lo que había pasado, incluido los protagonistas, lo que quedaba era que uno «de los padres» del país, uno de los tres rostros más conocidos y una de las personalidades políticas más atrayentes, arrojaba la toalla, por lo que parecía resultado de una polémica que muchos no llegaron a comprender nunca, y que, de hecho, jamás tuvo auténtica resonancia popular.

No cabe engañarse; el impacto de la dimisión de Felipe González fue enorme y su imagen en la pequeña pantalla apareció dramáticamente agigantada. A los delegados del Congreso les cayó como un mazazo, sin que en ningún momento la mayoría de ellos relacionasen sus actitudes en él con la marcha de un líder, en el fondo no discutido por nadie dentro de su partido. Los psicólogos de masas, porque muchas fueron las reacciones que se produjeron dentro del Palacio de Congresos y Exposiciones, tendrán algún día que explicarnos cómo se compagina el rechazar las ideas de una persona y, al tiempo, aceptar inequívocamente a esa misma persona. Aunque, probablemente, la explicación la daría mejor un poeta describiendo, con más o menos frivolidad, los síntomas del enamoramiento. Y el que crea que desvario, puede leerse el famoso poema que está en todos los textos del bachillerato de Lope de Vega sobre el amor. Y completarla con la no menos famosa «Carta al Padre», de Kafka. Y es que para analizar el XXVIII Congreso del PSOE, y aun a costa de ser tachado de reaccionario provocador, hay que manejar, junto a parámetros estrictamente políticos, algunas nociones elementales de otras disciplinas. Desde luego, y claramente, algo de Freud y bastante de psicología.

## Un elemento de inseguridad

El caso es que la «espantá» de Felipe dejó sin aliento a mucha gente. Y a otros con sentimiento de orfandad. Todavía no se había producido la última de las semanas negras de Madrid, con el asesinato de tres altos mandos del Ejército y la bomba de California 47, pero en un contexto político tan inestable como lo es periódicamente el español, la dimisión de Felipe González, vista desde muchos círculos

como un problema de Estado, introdujo en el ambiente un nuevo elemento, quizá no tanto desestabilizador, pero sí de inseguridad. Felipe González, uno de los pocos políticos granados de la generación del 68, que en todo el mundo introdujo el aire fresco de una rebelión juvenil, después perdida en los meandros inexorables de la integración, era una de las dos figuras claves, no sólo a nivel español, de la transición política desde la dictadura a la democracia. Su figura para el gran público contenía una curiosa mezcla de renovación juvenil y de precoz madurez que despertaba simpatía y emanaba seguridad. A nivel de Estado, Felipe era el único líder político no contaminado por el pasado, ni el de la guerra ni el de la dictadura. Su personalidad, magníficamente «vendida» por la publicidad electoral, fue una referencia decisiva en el fulminante éxito electoral del PSOE en el 77. Pasar de la clandestinidad y la ilegalidad a más de cinco millones de votos en menos de un año es un fenómeno bastante singular. Naturalmente, actuó la «memoria histórica» del pueblo en relación con el Partido Socialista Obrero Español, pero no actuó sin embargo con otros partidos políticos incluido el PSOE-h, y la palabra **socialismo**, que no olvidemos fue profusamente empleada por otros muchos partidos incluidos el PSP de Tierno, ejerció su magnética atracción. Pero la imagen de Felipe González fue absolutamente decisiva a la hora de las urnas. Cualquiera que asistiera a un mitin de cualquier ciudad española, no digamos ya en los últimos días de campaña, en junio del 77, en los mítines de Valencia, Barcelona y Madrid, con asistencia de decenas de miles de personas, sabe a qué me estoy refiriendo.

Después de junio del 77 Felipe González acentúa su imagen de «hombre de Estado» por encima de su significación partidista. Es

la hora de la «alternativa de poder». Con ella se presenta a las elecciones de marzo de este año. El PSOE, que había conseguido el gran triunfo interno de la práctica unidad de todos los socialistas españoles, a excepción del PSA y de algún pequeño grupúsculo, inicia un proceso de estabilización en los votos, que introduce un elemento de frustración en sus bases, ya que se compaginan mal los resultados con las expectativas despertadas por la dirección del partido. El relativo fracaso se carga en el debe de Alfonso Guerra y del comité federal. Pero la figura de Felipe González sigue incólume, a pesar de que ya sus ideas, especialmente a propósito de unas escasamente meditadas y poco matizadas declaraciones sobre el «abandono» del término marxismo en Barcelona, sensacionalmente presentadas por la prensa, empiezan a ser más que debatidas, crispadamente contestadas.

## El liderazgo de Felipe

Pero una cosa es la contestación y otra muy distinta el que nadie, dentro y fuera del PSOE, pusiese en duda el liderazgo de Felipe. De modo que el domingo por la noche, el final del Congreso XXVIII fue como un jarro de agua fría. Atrás quedaban las pequeñas intrigas, que no fueron, a pesar de todo, muchas y el ambiente pasionalmente crispado y las idas y venidas, los conciliábulos para formar una nueva ejecutiva, los tímidos intentos conspirativos de algún tartufo de salón, el marxismo entre profesoral y de catón de Bustelo, y bastantes lágrimas por los pasillos en una amalgama confusa y poco acorde con lo que, al menos en teoría, debería ser el Congreso del primer partido político español. Al filo de la media noche, y con el «lapsus» de la ponencia económica sin debatir y sin redactar como ejemplo y compendio de las carencias y las sublimaciones de



«... el relativo fracaso se carga en el debe de Alfonso Guerra y del comité federal. Pero la figura de Felipe González sigue incólume...»

las tres disparatadas jornadas, el canto de «La Internacional» fue como una mueca cuasi religiosa, que rememoraba el final de alguna piadosa sabatina. Empezaba «la resaca». Después de haber conseguido «matar al padre» las huestes socialistas se miraban unos a otros con conciencia de culpabilidad.

Se ha intentado después quitar importancia al hecho, personalmente intachable y reflejo de una entidad moral, en política muy poco usual, de la dimisión de Felipe González. Sus detractores vieron en los aspavientos y desmesurados elogios de la derecha una prueba inequívoca de su fragilidad. Se olvida que no sólo en la derecha el gesto cayó bien. Los jóvenes, por ejemplo, que habían «pasado» de acudir a votar dos meses y medio antes, vieron en ese gesto, la posibilidad de un juego, a pesar de todo, no siempre establecido y con capacidades de sorpresa. Además la libertad de decir no es uno de los escasos reductos de libertad que van quedando. Pero si a nivel individual la actitud de Felipe González, elogiado o no por los sectores más reaccionarios del país, es un ejemplo de conducta ética, no se puede ocultar tampoco que su postura colocó a su partido y al país en un atolladero de difícil salida. Felipe González suele decir que en política cuando se da un paso hay que saber cuál es el siguiente. Tiene razón, pero no parece que predicase con el ejemplo. Su inesperada salida, y aunque los delegados del Congreso hubieran debido medir

también las consecuencias de sus actitudes y la coherencia de sus planteamientos, además de haber prestado atención a la intervención de su secretario general contestando a la furiosa crítica contra la ejecutiva, pone al PSOE ante varios riesgos que distan mucho de estar despejados. Como siempre, estamos ante el eterno dilema entre la primacía de la conciencia individual, absolutamente respetable, sobre los valores colectivos. Felipe González, como persona, estuvo en su perfecto derecho de hacer lo que hizo, situando a su partido ante su propia responsabilidad política de todo el país, su decisión parece algo más que discutible. La conseguida casi «in extremis» solución de la gestora no palia, al entender de muchos, la responsabilidad

## Consecuencias imprevisibles

pero, en fin, Felipe González imitó abriendo un proceso de consecuencias imprevisibles. Y los delegados fueron llegando a sus agrupaciones no precisamente en olor de multitud, ni saboreando ningún triunfo. Más bien con el amargor de algo que, ante el estupor general, se les había ido de las manos. Sin Felipe, con un Guerra que «había mordido el polvo», en el marco de una situación política general cargada de presagios y muy difícil. En la batalla, algunos hombres puente, como Luis Gómez Llorente, se habían decididamente alineado en el sector más contestatario, con un Tierno visto desde las bases con indisimulado recelo y sospechoso de propiciar supuestas conspiraciones, y con la personalidad misionera de Bustelo emergiendo sobre el horizonte. Los militantes se apresuraron a asistir a sus agrupaciones en busca de alguna explicación y no faltaron en algunas las votaciones de censura. Se iniciaron muy duros debates. Pero la discusión ideológica dejó paso muy pronto a una soterrada lucha por el poder, encubriendo una, a pesar de todo, saludable polémica por dos concepciones del partido hasta ahora diametralmente opuestas. Mientras, Felipe González, con sólo un voto en contra y cuatro abstenciones, era reelegido portavoz del grupo parlamentario socialista. Seguía siendo autoridad hacia dentro y hacia fuera de su partido. La orfandad se mitigaba.

Mañana:  
Declaraciones de José  
Federico de Carvajal



«... los psicólogos de masas tendrán que explicarnos cómo se compagina el rechazar las ideas de una persona y, al tiempo, aceptar inequívocamente a esa misma persona...»